

«SEPARARSE DE LOS AMIGOS»¹

EL ÚLTIMO SERMÓN ANGLICANO DE J. H. NEWMAN

— Introducción y texto —

En el conjunto de los sermones de Newman, éste es realmente único. Se trata del último sermón pronunciado como pastor anglicano y tiene una carga autobiográfica enorme.

No voy a hacer hoy, como en otras ocasiones, cuando he expuesto sermones de Newman: ir leyendo y comentando. Es tan hermoso y tan tremendo tal como está escrito, que quiero leerlo sin interrupción y sin comentarios. Para que podáis sacarle provecho, lo que haré será dar antes algunas claves:

Primero, explicaré las circunstancias de la vida de Newman que rodean este escrito, así podréis captar algunas de las muchas pero sutiles referencias personales. Nos interesa esto, porque Newman es un ejemplo en su vida, no solo un gran maestro, y porque muchos de nosotros hemos llegado a quererle como a un amigo.

Luego, adelantaré el hilo argumental del sermón y explicaré algunas de las abundantes referencias a de distintos personajes de la Escritura que aparecen. En el sermón se hace alusión a diversos personajes del AT y del NT, y si no se conocen un poco, el sermón no se entiende.

Por último, leeré el sermón tal cual está escrito. Advierto que al escucharlo por primera vez, uno no puede hacerse a la idea de la cantidad de citas de la Escritura que el autor va hilando, una tras otra. He decidido no pararme a indicarlas, porque eso impediría una lectura fluida e impediría mantener la atención sobre lo fundamental. Lo que haré será colgar en la web, cuando me sea posible, el texto con las referencias bíblicas correspondientes.

En lo fundamental, he tomado la traducción de «Ediciones Encuentro», aunque hay cosas que he cambiado de esa traducción.

¹ Expuesto en la víspera de la fiesta de san Felipe Neri, en el Oratorio de Alcalá de Henares, en 2019.

I. LAS CIRCUNSTANCIAS DEL SERMÓN

El sermón fue predicado en el año 1843, en septiembre de 1843, y Newman pidió su admisión en la Iglesia Católica en octubre de 1845, tan solo dos años después.

De 1833 a 1839 Newman había emprendido una gran batalla que tenía por objeto rescatar a la Iglesia anglicana de la interpretación protestante del cristianismo. Por aquellos años, Newman estaba convencido de que la Iglesia Anglicana era continuadora de la Iglesia fundada por Cristo, pero que estaba en peligro por la influencia de los principios protestantes, lo que él llamó el «**liberalismo religioso**». ¿Qué peligro es éste? Newman lo resumirá muchos años después:

El liberalismo en el campo religioso es la doctrina según la cual no hay ninguna verdad positiva en la religión: un credo vale lo mismo que otro. [El liberalismo religioso] es una opinión que gana posiciones y fuerza día tras día. Es contrario a cualquier reconocimiento de una religión como verdadera y enseña que debemos ser tolerantes con todos, pues todo es cuestión de opinión².

Tres grandes principios sostenían la lucha de Newman. El primero es que la religión se fundamenta en una verdad que ha sido revelada por Dios, clara e inamovible. Dirá: «La religión como mero sentimiento me parece algo ilusorio y una burla. Sería como el amor filial sin la realidad de un padre o la piedad sin la realidad de un Ser Supremo»³. La religión no se fundamenta en sentimiento alguno o en el resultado de un descubrimiento de la razón, se fundamenta en una verdad sobre Dios que él mismo ha dado a conocer. Dios es el objeto de la religión y no es como uno se lo imagine, crea sentirlo o sea capaz de pensarlo. Dios es lo que él ha dicho que es, no otra cosa. Newman llama a este principio «el principio dogmático».

El segundo principio no se refiere al objeto de la religión, al ser de Dios, sino al sistema religioso; es decir, al camino por el cual el hombre entra en relación con Dios, se dirige a él, es salvado, etc. Igual que Dios no es lo que a mí me parece, sino lo que realmente es, también el camino religioso tiene un trazado bien definido. Es decir: el hombre no se encamina hacia el Dios verdadero por el camino que se le antoje o le parezca más bonito, sino por el único camino que conduce a él. Un camino que implica

² JOHN HENRY NEWMAN, *“Biglietto Speech”*, en: Cartas y diarios (Rialp, Madrid 1996) 161

³ ID., *Apologia pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas* (Encuentro, Madrid 1996) 75: En parte de este párrafo he seguido la traducción de DANIEL RUIZ BUENO, que es más clara: ID., (El buey mudo, Madrid 2010), 79.

la pertenencia a la iglesia visible y sacramentos definidos, una moral precisa, etc. Newman lo llaman en algún caso «el sistema sacramental»⁴.

El tercer principio que animaba la lucha de Newman por aquellos años era el principio anti romano. Desde los 15 años identificaba al Papa, a Roma, con el anticristo. Esta idea se fue suavizando posteriormente y él mismo dice cuando ya es católico romano: «No puedo decir con precisión cuándo rechacé del todo la idea de que el nombre de Roma siempre iría unido a algo malo. Lo que puedo decir es que sentía cierta repugnancia, que me duró hasta 1843, a abandonar esa idea aunque mi razón me lo ordenaba»⁵. Es decir, hasta 1843, el año en que escribe el sermón que presentamos hoy, siente un rechazo casi visceral hacia la Iglesia romana, aunque ya desde antes, desde 1841, su razón le señalaba la Iglesia de Roma como la verdadera Iglesia de los Apóstoles. Los sentimientos antirromanos anidaban en él, pero su razón le ordenaba en otra dirección. En mayo del mismo 1843 escribe a un amigo lo siguiente:

En el momento presente y en la medida de mis convicciones, me temo que considero que la Comunidad Católico-Romana es la Iglesia de los Apóstoles, y que la gracia que hay entre nosotros, que por la bondad de Dios no es poca, no nos llega de forma ordinaria, en realidad procede solo de la superabundancia de Su Dispensación. Mucho más seguro estoy de que Inglaterra está en el cisma que de que las adiciones romanas al Credo Primitivo no sean desarrollos procedentes de un agudo y vivo entendimiento del depósito divino de la fe⁶.

Pero Newman no quiere precipitarse. Decide estudiar si realmente lo que los anglicanos consideraban adiciones romanas al credo primitivo eran realmente adiciones, es decir, traiciones de la iglesia romana a la verdadera fe, o si eran un desarrollo natural y orgánico de la fe primitiva. Este estudio se plasmó en uno de los libros más importantes de Newman: *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*. Ya he contado en otras ocasiones que cuando llevaba este libro a su conclusión, mientras escribía, decidió llamar al padre Domenico Barberi y pedir ser admitido en la Iglesia Católica Romana, cosa que se produjo el 9 de octubre de 1845.

Pero volvamos a 1843. Cuando pronunció su último sermón anglicano en la pequeña iglesia de Littlemore, se celebraba el séptimo aniversario de la consagración de la iglesia. Littlemore era una pequeña vecindad cercana a Oxford y su atención pastoral dependía de la parroquia universitaria de Oxford, St. Mary, de la que

⁴ *Ibid.*, 139.

⁵ *Ibid.*, 78.

⁶ *Letters and Diaries* 9, 328. Citado por RADCLIFFE CAMERA, "En el lecho de muerte de mi anglicanismo", en: JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales VII* (Encuentro, Madrid 2014), 15-16.

Newman era el párroco. Años atrás Newman había comprado allí un terreno para asegurarse un lugar donde retirarse a meditar. También había construido la capilla para atender a los 200 vecinos del lugar. Había buscado el dinero para la construcción y su madre había puesto la primera piedra pocos meses antes de morir.

En 1842 Newman había dejado sus estancias de Oxford y se había trasladado definitivamente a Littlemore. No era un simple cambio de domicilio: Newman se percató de que ha perdido la confianza de que la Iglesia anglicana sea la Iglesia de los apóstoles y se da cuenta de que Oxford, el corazón intelectual y moral del anglicanismo, ya no es su sitio. Por eso se retiró a Littlemore. Lo hizo solo, pero pronto otros le siguieron hasta allí, comenzando una vida común de estudio y de oración. Esa comunidad será el germen, tras la conversión a la Iglesia de Roma, de la Congregación del Oratorio de Birmingham.

El 25 de septiembre de 1843 se reúne en la pequeña iglesia con los vecinos, con los que le han seguido y comparten su vida, y con algunos viejos amigos del movimiento de Oxford. Éste será el último sermón anglicano de Newman. Desde este momento hasta su admisión en la iglesia católica vivirá como un laico.

Newman escribirá después sobre su situación en aquel tiempo: «Yo me encontraba como en el lecho de muerte de mi anglicanismo aunque entonces solo poco a poco me iba dando cuenta de ello»⁷.

El ambiente de la celebración fue el de un funeral, el del funeral de Newman como clérigo anglicano. Un testigo escribe: «Nunca olvidaré el sermón, con la voz que le fallaba, las largas pausas, los perceptibles y fallidos esfuerzos por controlarse [...] fue algo abrumador»⁸. Terminado el sermón, Newman se quitó una especie de estola que lo distinguía como «maestro». Sus días como clérigo anglicano habían terminado. Pusey, uno de sus más estrechos amigos, que permanecerá anglicano, celebró y consagró en medio de las lágrimas y más de una vez tuvo que parar⁹.

II. EL HILO DEL SERMÓN Y SUS REFERENCIAS BÍBLICAS.

Newman encabeza el sermón con esta cita del salmo 104: «Sale el hombre a su labor y a su trabajo hasta que cae la tarde» (Sal 104, 23). Su vida como hijo de la Iglesia de Inglaterra llega a su fin.

⁷ *Apologia*, 165

⁸ L.D. 9, 328. Citado por R. CAMERA, "En el lecho de muerte de mi anglicanismo", en J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales VII*, 18

⁹ *Ibid.*, 19

Alude al anochecer de la vida terrena de Cristo y a su fatiga del trabajo, citando el diálogo con la samaritana, junto al pozo de Sicar, algunas afirmaciones de Jesús sobre la obra que había venido a realizar y como, al fin, se pone a la mesa con los Doce y pronuncia aquellas solemnes palabras: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15). Y propone a Cristo como modelo de los que llegan hasta el fin en su labor.

Indica de nuevo el final del tiempo dedicado al trabajo. En el tercer domingo antes del miércoles de ceniza, llamado "Septuagésima", el evangelio había sido aquel en el que los labradores eran enviados a la viña. Y en el domingo siguiente, llamado "Sexagésima", el evangelio había sido el que narraba como el sembrador salía a sembrar. Pero ahora, a finales de septiembre, la cosecha del cereal y la vendimia de la uva ya han pasado. El tiempo dedicado al trabajo ha concluido.

Todo viene de Dios. Y enlaza aquí en varios párrafos citas del libro de las Crónicas, de los salmos, de Job, de Mateo, del profeta Zacarías, el libro del Eclesiástico, del libro de Ester... que concluye con el recuerdo de lo que están celebrando: el séptimo aniversario de la consagración de la iglesia, con una referencia a que en esta vida nada es perdurable y a la necesidad de esperar la ciudad permanente, la venidera, con una cita de la carta a los Hebreos.

Hasta aquí una primera parte del sermón. Empieza una segunda donde va a traer a la memoria una serie de personajes de la Escritura, que se adentran en los oscuros designios de Dios, designios que no dejan de ser oscuros, por más que su escondido término sea la luz. El paralelismo con su decisión de adentrarse en un camino que no sabe dónde acabará es evidente.

El primero es Jacob que tiene que salir de su casa y pasar largos años lejos al servicio de un hombre duro. Él no sabía que en la soledad, en medio del sueño de la noche, durmiendo sobre el suelo, se encontraría con el Dios que le acompañaría siempre y le haría volver a su casa. Aquí, por ejemplo leeremos: «Se separó de todo lo que su corazón más amaba y volvió su rostro hacia una tierra extraña». Se refiere a Jacob cuando sale de su casa, pero habla también de él, que lenta y dolorosamente ha emprendido el camino que le aleja de su amada Iglesia de Inglaterra y de muchos de sus amigos para volver su rostro hacia una tierra extraña, la Iglesia de Roma.

Recuerda Newman que también Ismael, el hijo que Agar, la esclava, le da a Abraham, después de participar en los bienes de su padre, tiene que salir con su madre al desierto y allí, sin nada que comer ni beber, Agar tiene que contemplar cómo su niño está muriendo de hambre. Sin embargo Dios lo auxilió y ese no fue el fin de Ismael, sino su principio.

Noemí es el siguiente personaje. Había llegado al país de Moab con su esposo para sobrevivir al hambre que asolaba Israel. En Moab quedó viuda, su dos hijos se casaron con mujeres moabitas, Orpá y Rut. Luego murieron también sus hijos sin dejar descendencia y Rut emprendió el camino de regreso a su patria. Volvía vieja, pobre y viuda, solo podía esperar pobreza en Israel, así que despidió a sus nueras para que se casasen con hombres de su país. Orpá lloró y se quedó en Moab, pero Rut hizo voto de permanecer junto a Rut y compartir su camino amargo. El ejemplo le servirá a Newman para distinguir a los amigos que lloran y se separan de él, de los amigos que lloran y permanecen cerca de él. Dirá de forma muy expresiva que las lágrimas de los primeros son solo «los posos del cariño».

Jonatán y David son los próximos en entrar en escena. Jonatán, el hijo del rey Saúl y David, quien ocupará el trono después. En la Biblia la amistad leal y desinteresada de David y Jonatán es proverbial. Recordaréis que Saúl lleno de envidia por el amor que el pueblo y el ejército profesaban a David, atentó contra su vida y, al final, David tuvo que huir y vivir largos años como un forajido. Newman va a hacer referencia aquí al dolor de la separación de dos amigos entrañables y generosos, David y Jonatán, que se separan para cumplir un deber sagrado. Algunos ven aquí la referencia a la separación de Newman de amigos como el mismo Pusey, que está sentado allí mismo, mientras él lee el sermón.

Luego aparece san Pablo. Inicia la alusión así: «En la Escritura se habla de otro que tenía miles de amigos y que amaba a cada uno como a su propia alma». Habla de Pablo, sí, pero habla también Newman de sí mismo, de los amigos del movimiento de Oxford, y de su sincera entrega a ellos. Aquí hila Newman varias citas de las epístolas, donde el Apóstol muestra su amor de apóstol y de padre. Y recuerda tres despedidas: entre ellas, una memorable, cuando Pablo tiene que embarcarse en viaje hacia Israel y se despide de los presbíteros de Éfeso sabiendo que le esperan cárceles y sufrimientos y que no volverá a verlos en vida; también aquella otra, cuando Pablo se despide, por carta, de Timoteo, su hijo querido, «hijo en la fe».

Newman termina esta serie mostrando cómo Jesús recapitula todo lo recordado anteriormente. Así va a enlazar con el fin del sermón. También Jesús se despidió amargamente cuando lloró por Jerusalén, que ha hecho caso omiso a su palabra. Es difícil no ver aquí los esfuerzos de Newman por hacer que la Iglesia de Inglaterra abandone los principios protestantes y vuelva a las raíces apostólicas, su lucha tenaz desde 1833, cuando surgió el Movimiento de Oxford y él se puso al frente de sus ansias reformistas de la Iglesia anglicana. ¡Newman la ha amado siempre! Newman habla de ella como de su madre, pero una madre desnaturalizada, incapaz de atender las

necesidades de sus hijos. Entonces llega la propia despedida de Newman. Son las palabras más dramáticas. El testigo al que citábamos antes narra que al leer estas últimas líneas, las pausas con las que Newman intentaba controlar sus emociones, se alargaban.

Pasemos al texto de Newman.

Sermón n. 604 (25 de septiembre de 1843)

SEPARARSE DE LOS AMIGOS

«Sale el hombre a su labor, y a su trabajo hasta la tarde» (Sal 104,23)

Cuando el Hijo del Hombre, el Primogénito de la Creación de Dios, llegó al anochecer de su vida mortal, se despidió de sus discípulos en un banquete. Él había llevado «el peso del día y del calor»; sin embargo, al sentirse «cansado del día y del calor», no hizo más que pararse junto al pozo y pedir un vaso de agua para su sed, porque Él tenía «Un alimento para comer» que otros «no conocen» (Jn 4,32). Su alimento era «hacer la voluntad del que le había enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34). «*Es necesario que yo haga las obras del que me ha enviado mientras es de día, porque llega la noche cuando nadie puede trabajar*» (Jn 9,4). Así pasó el tiempo de su ministerio y si en algún momento se sentó a comer con fariseos o publicanos, fue para cumplir las obras de Dios con toda perfección. Pero «*al anochecer se recostó a la mesa con los doce*» (Mt 26,20) y «*les dijo: ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer*» (Lc 22,15). Estaba a punto de sufrir más de lo que hombre alguno ha sufrido o sufrirá. Pero no encontraremos nada huraño, grosero, violento o egoísta en su dolor; es tierno, cariñoso, sociable. Llama a sus amigos a su alrededor, aunque se sentía como Job entre las cenizas; les pide que permanezcan a su lado, y le vean sufrir; desea su compasión; se refugia en su amor. Primero hizo un festejo con ellos, y cantó con ellos himnos, y les lavó los pies; y al comenzar sus muchas pruebas, los retuvo y mantuvo en su presencia hasta que huyeron aterrorizados. A pesar de todo, nuestro Señor pudo descansar sus ojos en santa María y san Juan, su Madre Virgen y su discípulo virgen, que permanecieron junto a Él. Y en san Pedro, que le estaba negando a poca distancia, una rápida mirada obró un profundo arrepentimiento. ¡Qué modelo tan maravilloso, el patrón de toda prueba y de cómo hay que afrontarlas, mientras exista la Iglesia!

Desde luego una lección tan alta y un consuelo tan augusto es algo que no podríamos exigir nosotros hoy. No hay dolor, ni aflicción que lo justifique. No obstante, teniendo en cuenta los textos que se ofrecen a nuestra consideración en la liturgia de esta mañana, nos sentimos naturalmente impulsados a pensar en esa lección, aunque esté infinitamente por encima de nosotros, dadas las circunstancias del tiempo y el momento presente. Porque es ahora cuando las sombras de la tarde caen sobre la tierra y las labores del campo llegan a su fin. En Septuagésima los labradores

eran enviados a la viña; en Sexagésima el sembrador salía a sembrar; eso ya pasó. «Pasó la siega, se acabó el verano» (Jr 8,20), la cosecha está recogida. Hemos observado el ayuno de las témporas por los frutos de la tierra, en espíritu de humildad, sabiéndonos indignos de la menor merced por parte de Dios, y ahora le ofrecemos los cereales y el vino como propiciación, y comemos y bebemos de todo ello dándole gracias.

«Todo viene de ti, y lo que te ofrecemos lo hemos recibido de tu mano» (1Cro 29,14). Si hemos tenido lluvia en su momento y el sol ha brillado con fuerza, si el suelo ha sido fértil, ha sido por Ti. Te devolvemos lo que de Ti vino. «*Todas las criaturas aguardan a que les echas comida a su tiempo: se la echas, y la atrapan; abres tu mano, y se sacian de bienes. Si escondes tu rostro, se espantan; si les retiras el aliento, expiran y vuelven a ser polvo; pero envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra*» (Sal 104, 28-30). Él da y Él quita. «*Si aceptamos de Dios los bienes, ¿cómo no vamos a aceptar también los males?*» (Jb 2,10). ¿No voy a poder «hacer con lo mío lo que quiero?» (Mt 20,15), dice en el Evangelio. ¿No se va a poner el sol, lo mismo que se ha levantado? Y ¿no debe ponerse para levantarse de nuevo? ¿No ha de haber oscuridad para que exista la mañana? Y ¿no ha de oscurecerse el cielo para llegar a ser más brillante? Y ¿no ha de poder Él, que todo lo puede, hacer que la luz brille en medio de la tiniebla? «*En la oscuridad invoqué tu nombre, oh Señor, y guardé tu Ley*» (119,55). «*Tú, Señor, darás luz a mi lámpara. Mi Señor Dios hará luz de mi oscuridad*» (Sal 18,29) o, como dice el profeta, «*cuando llegue la noche seguirá habiendo luz*» (Za 14,7).

«Todo viene de ti» dice el santo David, «porque delante de ti somos forasteros y peregrinos, lo mismo que nuestros padres. Nuestros días sobre la tierra son como una sombra, y no hay esperanza» (1 Cro 29,14-15). Todo es vanidad, vanidad de vanidades, y empeño vano (Qo 1,14). «*¿Qué ventaja saca el hombre de todo lo que trabaja bajo el sol? Se va una generación y viene otra, pero la tierra permanece. Sale el sol, y llega cansado al lugar de donde salió [...] Todas las cosas requieren esfuerzo. Nadie puede decirlo [...] Lo torcido no se puede enderezar y la nada no se puede enumerar*» (Qo 1,3-15). «*Todo tiene su momento y hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo: tiempo de nacer y de morir, tiempo de plantar y de arrancar lo plantado, tiempo de matar y de curar, tiempo de derruir y de construir [...] tiempo de buscar y de perderse, tiempo de guardar y de desechar*» (Qo 3,1-6). Y el tiempo, y la materia, y el movimiento, y la fuerza, y la voluntad de los hombres, ¡qué vanos son todos ellos, si no son instrumentos de la gracia de Dios, que los bendice y obra con ellos! ¡Qué vanos son todos nuestros dolores, pensamientos, cuidados, si Dios no los emplea, si Dios no los inspira! ¡Son mucho peor que inútiles si no contribuyen a darle gloria, si no se devuelven al que los dio!

«Lo que te ofrecemos lo hemos recibido de tu mano» (1Cro 29,14), dice el rey salmista, después de reunir materiales para la construcción del Templo. Porque «la obra es grande», «grandeza que no es para los hombres, sino para el Señor Dios»; por eso, «con todas mis fuerzas he preparado para el Templo de mi Dios el oro para los objetos de oro, la plata para los de plata, el bronce para los de bronce, el hierro para los de hierro, y la madera para los de madera; piedras de ónice y de engaste, piedras brillantes y de varios colores, toda clase de piedras preciosas y piedras de alabastro en abundancia. Y el pueblo se alegró por estas ofrendas voluntarias [...] y el mismo rey David tuvo un gran gozo» (1Cro 29,1-9). También a nosotros, en este tiempo, año tras año, se nos ha concedido en cierta medida, según nuestros trabajos y nuestra fe, regocijarnos en la presencia de Dios por este sagrado edificio que Él nos ha dado para que aquí le demos culto. Fue una ocasión alegre cuando nos reunimos aquí por vez primera; muchos de los presentes lo recordamos. Y nuestra alegría no ha cesado; más bien se renovaba cada otoño cuando se acercaba este día. Ha sido un día de «alegría, banquetes y fiestas; y cada uno intercambia regalos con su prójimo» (Est 9,19). Desde entonces hemos guardado la fiesta con el corazón alegre; la hemos guardado durante siete años hasta su «final cumplido»; sigámosla guardando ahora aunque de prisa, con hierbas amargas, los lomos ceñidos y el bastón en la mano, como quienes *«no tienen aquí ciudad permanente, sino que van en busca de la venidera»* (Hb 13,14).

Es lo que pasó con Jacob cuando atravesó el Jordán sin otra riqueza que su cayado (Gn 32,11). También él hizo un festejo antes de salir a un camino lóbrego. Recibió la bendición paterna, y fue enviado lejos; dejó a su madre, para no ver más su cara ni oír más su voz. Se separó de todo cuanto su corazón más amaba y volvió su rostro hacia una tierra extraña. Se fue con la duda de si tendría pan para comer o ropa que ponerse. Fue «al país de los orientales» (Gn 29,1) y sirvió a un duro amo durante veinte años. *«Aguanté que me devorara el calor durante el día y el frío durante la noche sin poder conciliar el sueño»* (Gn 31,40). ¡Quién le iba a decir, cuando su padre y su madre le habían despedido, y se echó a dormir sobre el desolado suelo en Betel porque el sol se había puesto y caído la noche, que ahí estaba la casa de Dios y la puerta del cielo, que el Señor estaba en ese lugar, y que desde ese momento en adelante iría con él adondequiera que fuese, hasta que Dios lo trajo de nuevo a ese río «con dos campamentos y sus rebaños» (Gn 32,11), a él, que aquella vez lo cruzó triste y solitario!

Lo mismo pasó con Ismael. Aunque con el banquete él no tuvo bendición de su Padre, se sentó a la mesa en la tienda de su padre Abrahán, y a continuación fue despedido. Ese padre tierno que, cuando se le prometió un hijo de Sara, clamó a su Protector Todopoderoso: «me bastaría con que Ismael viviera en tu presencia» (Gn

17,18), ese mismo fue el que, guiado por Dios, el día después del banquete, «muy de mañana, se levantó, tomó pan y un odre de agua, y se lo dio a Agar; se lo puso a la espalda con el niño y la despidió. Ella se marchó y anduvo errante por el desierto de Berseba» (Gn 21,14). ¿Quién le iba a decir a ese muchacho violento, cuando en vez de banquetes lo que llegó fue el hambre, el cansancio y el errar por el desierto, que este no era el final de Ismael sino el comienzo? Cuando a Agar «se le terminó el agua del odre, recostó al niño debajo de una mata, se apartó y se sentó lejos frente a él, como a un tiro de arco, pues se decía: no quiero ver morir al niño. Se quedó sentada enfrente, y el niño rompió a llorar a gritos» (Gn 21,15-16), entonces no podía Agar imaginar su futura riqueza.

Otro tanto había ocurrido con Noemí, aunque ella no dejaba su casa sino que volvía a ella, e iba no a una tierra de hambre sino de abundancia. En tiempos de penuria, había dejado su país y encontrado amigos y hecho parientes entre los enemigos de su pueblo. Y cuando su marido y sus hijos murieron, mujeres moabitas que habían sido un gran escollo para Israel fueron el apoyo y el consuelo de su viudedad. Hubo un tiempo en que, a la llamada de las hijas de Moab, el pueblo elegido había tomado parte en sus sacrificios «y se postraron ante sus dioses. Israel se adhirió a Baal Peor, y la ira del Señor se encendió contra Israel» (Nm 25,2-3). Habían pasado los siglos y ahora Noemí era madre de moabitas y a la tierra de sus hijas había entregado ella su corazón, cuando la llamada del deber la convocó de nuevo a Belén. «Noemí había oído en los campos de Moab que el Señor había visitado a su pueblo para darles pan, se dispuso a volver desde los campos de Moab con sus dos nueras. Así pues, salió de allí acompañada por sus dos nueras e inició el camino de regreso a la tierra de Judá» (Rt 1,6-7).

¡Pobre viuda, grande fue la lucha dentro de su pecho! ¿Qué había de hacer: dejar atrás [en su tierra] a las dos nueras paganas, viudas y débiles como ella misma, su único apoyo, y recuerdo de las bendiciones pasadas; o tomarlas egoístamente como compañeras de sufrimiento, ya que no protectoras? ¿Iba a buscar compasión donde no podía obtener ayuda? ¿Iba a privarlas de una casa cuando ella no tenía casa que darles? Así que les dijo: «marchaos, regresad cada una a la casa de su madre, y que el Señor tenga con vosotras la misericordia que habéis tenido con los difuntos y conmigo». Confundida Noemí, desgarrada por sentimientos encontrados, ¿quién te hizo sufrir más, Orpá que te dejó o Rut que se quedó? El dolor causado por Orpá o la preocupación que supuso Rut? [Porque] «entonces ellas de nuevo prorrumplieron en llanto. Orpá besó a su suegra y después se marchó; sin embargo Rut se quedó con ella. Noemí le insistió: mira que tu cuñada regresa a su pueblo y a sus dioses, ¡vete con ella! Pero Rut le respondió: no me obligues a marcharme y a alejarme de ti, pues adonde tú vayas yo iré y donde

tú habites yo habitaré; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde mueras moriré y allí mismo recibiré sepultura. Que el Señor me maldiga, si no es la muerte lo que me separe de ti» (Rt 1,14-17).

Orpá besó a Noemí y volvió al mundo. Hubo dolor en la separación, pero Noemí se dolía más por Orpá que por sí misma. El dolor habría de darse en cualquier caso, pero el causado por Orpá era el de un golpe, no el pesar acuciante del amor. Era el dolor que sentimos cuando un amigo nos decepciona y pierde el mérito de nuestra estima. El beso de Orpá no fue una señal de amor; no fue más que la vacía declaración de los que usan palabras suaves para apartarse de nosotros de la forma menos molesta y problemática para sí mismos. ¡Las lágrimas de Orpá fueron solo los posos del cariño! Se abrazó a su suegra por última vez para no tener que quedarse con ella.

Bien distintas fueron las lágrimas y bien distinto fue el abrazo que tuvo lugar entre esos dos amigos piadosos que se recoge en el siguiente libro de la Escritura, de los dos amigos que se amaban con amor verdadero y sincero, pero cuyas vidas tomaron rumbos diferentes. Si el dolor de Noemí fue grande cuando Orpá la besó, ¿cómo fue la pesadumbre de David al ver por última vez a Jonatán? El alma de Jonatán «desde el principio había estado unida con su alma», «le tenía tanto afecto como a sí mismo» (1S 18,1-3). «*Siento angustia por ti, Jonatán hermano mío, tan grato para mí*», dice. «Era tu amor para mí máspreciado que el amor de las mujeres» (2S 1,26). ¡Qué terrible desgracia para ese hombre «rubio, de ojos hermosos y de buena presencia [...] que sabe tocar, valiente, buen guerrero, y hombre prudente» (1S 16,12-18), cuando su amigo leal, afectuoso y devoto, al que habían atraído todos estos dones, le miró por última vez! ¡Duro destino, si no es porque el Dios de Toda Misericordia lo quiso así: que compañeros como esos no puedan andar por la casa del Señor como amigos! David tendría que huir a territorios no habitados y Jonatán languidecer en la casa de su padre Saúl. Jonatán tendría que compartir la muerte de su padre en dura batalla; y David ascender al trono vacante. A pesar de todo [antes] hicieron un pacto al separarse: «Si para entonces sigo vivo», dijo Jonatán, «mostrarás conmigo la benevolencia del Señor para que yo no muera; pero no apartes jamás tu benevolencia de mi casa cuando el Señor haya arrancado a los enemigos de David de la faz de la tierra [...] De nuevo Jonatán prestó juramento a David por el amor que le profesaba, pues le tenía tanto afecto como a sí mismo». Entonces, cuando David se escondió en el campo, Jonatán probó a Saúl acerca de sus sentimientos hacia David, y cuando supo «que por parte de su padre estaba decidida la muerte de David», «Jonatán se levantó de la mesa, enfurecido, y no probó bocado el segundo día de la luna nueva pues estaba triste por David, porque su padre le había injuriado». A la mañana siguiente, salió al campo

donde estaba David y tuvo lugar el último encuentro entre los dos. [y] «David se levantó de entre las piedras y cayendo en tierra se postró tres veces. Se abrazaron los dos y lloraron juntos, ¡David mucho más! Dijo luego Jonatán a David: vete en paz. Los dos hemos jurado en el nombre del Señor con estas palabras: que el Señor esté entre nosotros dos; entre tu descendencia y la mía para siempre. Se levantó David y se marchó, y Jonatán regresó a la ciudad» (1S 20,14-21,1).

Si David dio su afecto a Jonatán, en la Escritura se habla de otro que tenía miles de amigos y que amaba a cada uno como a su propia alma. Se diría que vivía mil vidas en ellos, y que mil veces murió cuando hubo de dejarlos. Se trata del gran Apóstol, cuyo corazón se rompía si sus hermanos lloraban; que «se llenaba de vida, cuando sus hijos permanecían firmes en el Señor (Cf. 1Ts3,8); que se alegraba cuando tenía que sufrir la debilidad si así sus hijos se fortalecían (Cf. 2Cor 13,9); que movido por su amor a los suyos, quería entregarles no solo el Evangelio de Dios, sino incluso su propia vida, ¡tanto los llegó a querer! (Cf. 1Ts 2,8). No obstante, leemos que se despide de iglesias enteras para no volver a verlas más.

San Lucas, que acompañaba a Pablo, cuenta que en una ocasión los discípulos residentes en Tiro rogaban a Pablo que no zarpase hacia Jerusalén. Pero teniendo que partir: *«nos acompañaron todos con sus mujeres e hijos hasta fuera de la ciudad. Puestos de rodillas en la playa, hicimos oración, nos despedimos unos de otros y subimos a la nave. Ellos se volvieron a sus casas»* (Hch 21,5-6).

En otra ocasión, a los jefes de la iglesia de Éfeso les dice: *«Sé ahora que ninguno de vosotros, entre quienes pasé predicando el Reino, volverá a ver mi rostro. Por eso, en este día doy testimonio de que estoy libre de culpa de la sangre de todos, pues no dejé de anunciaros todos los designios de Dios [...] No he codiciado de nadie plata, oro o ropas [...] Os he enseñado en todo que trabajando es como debemos socorrer a los necesitados, y que hay que recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: mayor felicidad hay en dar que en recibir»*. Y después, cuando terminó, *«se puso de rodillas y oró con todos ellos. Entonces rompieron todos a llorar y abrazándose al cuello de Pablo le besaban, afligidos sobre todo por lo que había dicho de que no volverían a ver su rostro. Y le acompañaron hasta la nave»* (Hch 20,25-27; 20,33; 20,35-38).

En otra ocasión, al despedirse de su «propio hijo en la fe», Timoteo, con palabras más serenas pero aún más impresionantes, cuando estaba próximo su fin, dice: *«yo estoy a punto de derramar mi sangre en sacrificio, y el momento de mi partida es inminente. He luchado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la merecida corona que el Señor, el Justo Juez, me entregará aquel día»* (2Tm 4,6-8).

Y ¿qué son todos estos ejemplos sino memoriales y prendas del Hijo del Hombre cuando su obra y sus trabajos se acercaban al final? Como Jacob, como Ismael, como Elíseo, como el evangelista cuyo día acaba de pasar¹⁰, Él se sentó a la mesa antes de partir; y como David, fue perseguido por los jefes de Israel; y como Noemí, fue abandonado por sus amigos; y como Ismael, clamó «tengo sed» en medio de una tierra estéril y seca; y al final, como Jacob, fue a dormir con una piedra por almohada, en la noche. Y, de forma similar a san Pablo, él le dice a su Padre: «he terminado la obra que Tú me has encomendado que hiciera» (Jn 17,4); y ha dado «el solemne testimonio» (1Tm 6,13). Y, mucho más allá de lo que pudo san Pablo, dice: «*se acerca el príncipe del mundo; contra mí no puede nada*» (Jn 14,30).

«*En el mundo estaba, y el mundo se hizo por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron*» (Jn 1,10-11). Con gran pesar marchó, con gran ternura lloró sobre el país y la ciudad que le rechazaron. «*Cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡si conocieras también tú en este día lo que te lleva a la paz! Sin embargo, ahora está oculto a tus ojos*» (Lc 19,41-42). Y también: «*¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste. Mirad que vuestra casa se os va a quedar desierta*» (Lc 13,34-35).

He aquí una clara lección, y una advertencia para todos, en todo lugar donde Él pone su nombre, hasta el final de los tiempos: para que no recibamos sus dones con frialdad, o perdamos la fe en su palabra, o nos volvamos envidiosos de sus obras, o se nos endurezca el corazón hacia sus dones. ¡Oh madre de santos, oh escuela de prudencia, oh nodriza de héroes, de cuantos nos inspiran, de cuantos se pusieron en camino, memorables nombres del pasado, para extender la verdad por todas partes, o para conservarla y enseñarla en casa! Oh tú, de donde las naciones vecinas encienden sus lámparas! ¡Oh virgen de Israel!, ¿por qué te sientas ahora en el suelo y guardas silencio, como una de las vírgenes necias que se quedaron sin aceite mientras esperaban al esposo? ¿Dónde está ahora el que mandaba en Sión, el que enseñaba en el Templo, el asceta del Monte Carmelo, el heraldo que clamaba en el desierto, el que predicaba en las plazas? ¿Dónde están sus «oraciones fervientes y eficaces» ofrecidas en lo secreto, sus limosnas y buenas obras subiendo como memorial ante Dios? ¿Cómo es, lugar santo que fuiste una vez, que «los campos han sido devastados; que la tierra está de luto, porque el grano está perdido, falta el mosto y se acabó el aceite [...]; como es que ha desaparecido la alegría de los hijos de Adán [...] ¡Ay de este día! [...] ¡Cómo

¹⁰ Se refiere a san Mateo, que se había celebrado dos días antes.

gimen las bestias! Las manadas de ganado vagan errantes porque no tienen pastos; incluso los rebaños de ovejas están muriendo» (Jl 1,10.12.18). «El país está de duelo, abatido; el Líbano se consume de vergüenza; el Sarón, como un desierto; Basán y el Carmelo pierden la fronda» (Is 33,9). ¡Oh madre mía!, ¿de dónde te viene todo esto? ¿Por qué se derraman bendiciones sobre ti y no eres capaz de guardarlas? ¿Por qué tienes hijos, pero no puedes retenerlos? ¿Por qué no tienes la habilidad de aprovechar sus servicios ni el corazón para gozarte de su amor? ¿Cómo es que cualquier cosa que se emprende con espíritu generoso, cualquier acto de devoción tierna o profunda, tu flor y tu promesa, cae de tu seno y no encuentra acogida en tus brazos? ¿Quién te ha señalado como la que tiene «vientre que aborta y pechos secos» (Os 9,14)? ¿Por qué eres extraña a tu propia carne y tus ojos miran con crueldad a tus hijos pequeños? Tu propia prole, el fruto de tu vientre, que te ama y que se afana por ti, lo miras tú con miedo, como un monstruo, o lo odias como una ofensa. Como mucho, y como si solo tuvieran derecho a que los soportases, los dominases y los vigilases, haces que te libren de ellos lo más fácilmente posible. Tú les haces «estar todo el día ociosos» (Mt 20,6), solo así los soportas. Si no, les obligas a irse a donde serán mejor recibidos; o los vendes a cambio de nada a cualquier extraño. Y al final ¿qué harás de todo esto?

La Escritura es el gran refugio en las tribulaciones, siempre que no nos extralimitemos en su uso, y vayamos más allá de ponernos a su sombra. Usémosla según nuestra medida. Ella es mucho más alta y más ancha que nuestras necesidades; su lenguaje vela nuestros sentimientos al mismo tiempo que los expresa. Ella es sagrada y sobrenatural, bendice nuestros sentimientos al tiempo que los purifica, los modera¹¹.

Ahora, hermanos míos, «benedicid a Dios y proclamad ante todos los vivientes el bien que os ha hecho, para que alaben y canten himnos en su nombre. Manifestad con veneración a todos los hombres las maravillas de Dios y no dejéis de proclamarlo» (Tb 12,6). «Todas las obras del Señor son buenas; Él proveerá todo a su debido tiempo. No hay que decir: esto es peor que aquello, pues en su momento de todo se conocerá su valor. Ahora, de todo corazón y con la boca, entonad cánticos bendiciendo el Nombre del Señor» (Si 39,33-35).

«Reprime la ira y depón la cólera» (Sal 37,8). «Aléjate del mal y obra el bien» (Sal 37,27). «Practicad el bien, y el mal no os encontrará» (Tb 12,7). «Anda y come tu pan

¹¹ Nota del presente editor: Este párrafo es fundamental para entender cómo Newman expone de forma amplia pero moderada sus propios sentimientos. Por eso las alusiones personales son tan sutiles. No deja que ellos tomen el control, sino que se mantienen siempre a la sombra de lo que expresa la Escritura, sin querer ir más allá de ella.

con alegría, bebe tu vino con buen corazón, que Dios ya se ha complacido en tus obras. Lleva siempre ropas blancas, y que no falte el perfume en tu cabeza» (Qo 9,7-8).

Oh hermanos míos, oh corazones afectuosos y generosos, oh amigos queridos, si sabéis de alguien cuya tarea, en alguna medida, ha sido, por escrito o de palabra, ayudaros a actuar; si alguna vez os dijo lo que sabíais sobre vosotros mismos, o lo que no sabíais; si ha sido capaz de discernir vuestras necesidades, o sentimientos, y os ha ayudado con ese discernimiento; si os ha hecho sentir que había una vida más alta que esta vida de todos los días, y un mundo más luminoso que este que veis; si os ha animado, si os ha tranquilizado, si ha abierto un camino al que buscaba, o ha confortado al que estaba desconcertado; si lo que ha dicho o hecho os ha llevado a interesaros por él, y a experimentar una buena inclinación hacia él; a ese, recordadle en los tiempos que han de venir, aunque ya no le oigáis más, y rezad por él para que sepa reconocer en todo la voluntad de Dios y para que en todo momento esté dispuesto a cumplirla.

– FIN –